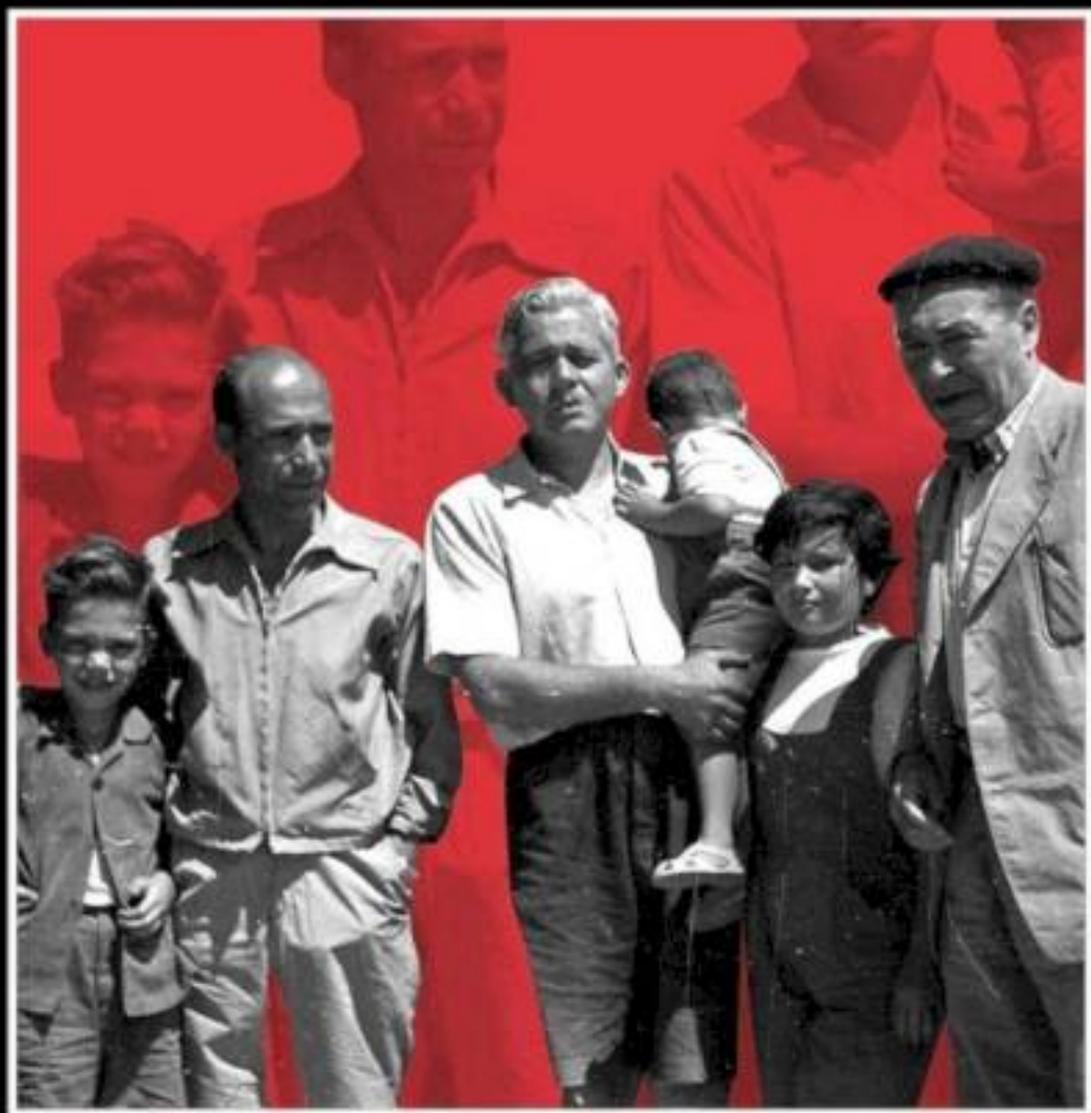


Jordi Amat

EL HIJO DEL CHÓFER



En la Cataluña donde Jordi Pujol ganaba una tras otra las elecciones y los medios construían la imagen de un oasis libre de corruptelas, la trayectoria del periodista y abogado Alfons Quintà (1943-2016) —literariamente reconstruida aquí por Jordi Amat— refleja una perversa encrucijada de asedio y poder, dinero y tráfico de influencias. Crecido a la sombra de Josep Pla y periodista de gran prestigio durante la Transición, a lo largo de los años, gracias a su conocimiento de las cloacas del poder político y financiero, Quintà —artista consumado del chantaje, el acoso y la manipulación— desarrolló una prestigiosa carrera mediática, llena, a la vez, de claroscuros inquietantes. Fue el primer delegado en Cataluña del diario «El País», desde donde destapó el caso Banca Catalana; fue el primer director de la televisión autonómica catalana (nombrado por cuanto sabía de la trastienda del poder, según propia confesión); creó asimismo El Observador, un medio afín al gobierno convergente, cuya hegemonía terminó despreciando profundamente; y acabó sus días, sin apenas ser leído, denunciando los recortes en sanidad y la deriva del Procés. El trágico colofón a esta trayectoria se producía en diciembre de 2016: Alfons Quintà, enfermo, asesinaba de un disparo a su expareja y a continuación se suicidaba.

*En este aspecto está la clave de nuestra vieja
discusión: ¿por qué, en nuestro país, nadie dice
la verdad?*

Carta de Josep Pla a Jaume Vicens Vives

Índice de contenido

Cubierta

El hijo del chófer

Prólogo. Pla agoniza

1 El hijo del chófer

2 Ángulo muerto

3 En Transición

4 Banca rota

5 La fuerza del mito

6 La trama

7 A la deriva

Epílogo. El fin de la tragedia

Nota del autor

Prólogo

Pla agoniza

El final empezó medio año atrás. Primero fue el desmayo durante la Nochevieja, antes de cenar en el motel donde tantas veces se ha arrastrado ebrio desde el comedor a la habitación. Después vino el ingreso en la clínica de Figueres. Una breve estancia inesperada en el monasterio de los monjes cistercienses. Finalmente, como siempre, el retorno a la casa que lo protege como un destilado amniótico. Allí, entre sus sombras, donde se ha salvado de todo menos de la propia decadencia. Era de esperar. Desde el momento en que había decidido no comer casi nada sólido arrastraba una anemia. Comer poco y beber. Whisky y café y whisky. Perdidas las fuerzas, a principios de semana los órganos vitales dejan de funcionar. La esclerosis le provoca problemas de irrigación y la congestión pulmonar se suma a la desnutrición. Cada vez menos proteínas, descontrol de los leucocitos. Tratan la infección con antibióticos. Fiebre y neumonía. Los análisis que le han hecho los médicos muestran que el estado del enfermo es crítico. Son pesimistas. Quizá sea cuestión de días. Quizá solo unas horas. Ya no habla. Todavía reconoce a quien tiene al lado, dicen, pero solo gesticula. No hay esperanza: ya no escribe, ya no escribirá. El viaje se acaba.

Alguien lo explica como si estuviese dentro de la casa, al lado de los hermanos, el sobrino, el editor y el amigo de siempre del pueblo. Y parece que él está allí, como una sombra oscura. La crónica más precisa del último día de la vida de Josep Pla la escribe el periodista Alfons Quintà. Está saturada de información. Sabe quién llama a la masía. Sabe quién acompaña al escritor. Incluso detalla el resulta-

do de los análisis médicos. Sin moverse de su despacho en casa, o desde la redacción, que solo es un piso al final de la Rambla de Barcelona, podría ver aquellas habitaciones, recorrer la casa de Pla con su memoria. La conoce desde que era un niño y su padre iba allí con tanta frecuencia. Aparcaba el Lancia en la puerta y sacaba lo que llevaba en el coche. Un día un periódico —ejemplares de *Le Monde*—; otro, el correo —cartas y más cartas—, demasiadas veces una botella de vino francés o whisky escocés. A veces a Josep Quintà lo acompañaba su hijo. El hijo del chófer.

Mirando lo que nadie quiere ver, Alfons Quintà oscurece la realidad con sus artículos a la vez que se autorretrata mostrando su carácter y sus obsesiones. Está la realidad, donde la vida pasa, y hay otra dimensión de la realidad, que también forma parte de la vida, donde domina la ambición, la lucha por el poder y la supervivencia. Esta otra dimensión es la que ve Quintà. La única. Como si viviera allí o casi siempre estuviera atrapado. Caído en sus ángulos muertos. El artículo sobre la agonía que publica en *El País*, como tantas otras veces, es ansioso. Él, que come compulsivamente a la vez que está obsesionado por su peso, repite no una sino más de dos veces que Pla, incomprensiblemente, había dejado de comer. El artículo vuelve y retorna a lo mismo, como quien grita, airado y rabioso. ¿Por qué nadie dice la verdad? Él cree que la dice, siempre, sin asumir que la verdad nunca se puede decir completa porque no se puede decir todo al mismo tiempo.

Cuando a primera hora el periódico llegue a manos de los lectores, se estará produciendo el desenlace. La agonía había empezado la madrugada del miércoles al jueves. El día se levantó gris. Sobre las diez y media de la mañana sobreviene el paro cardíaco. Este infarto de miocardio, a diferencia del de 1972, ya no lo podrá relatar. Mientras la noticia empieza a expandirse, los familiares visten el cadáver, le colocan el rosario entre las manos y dejan el cuerpo en la misma habitación donde Pla acaba de morir. A Llofriu lle-

gan amigos, conocidos, saludados. Esa casa había sido el corazón de un país. Allí bombeaba el pasado, el mito y la inteligencia a través de la conversación y la literatura. Uno de los primeros en llegar es el expresidente Josep Tarradellas. Mientras vela el cadáver, quizá recuerda un encuentro anterior, cuando él se pudría en el exilio y soñaba con el regreso. Pla lo entrevistó para madurar una alternativa política a la dictadura franquista. Enero de 1960. Han pasado veinte años. De esa conjura formó parte Josep Quintà. Ahora, en abril de 1981, quizá solo lo valora Tarradellas. También lo sabe Alfons Quintà. Quién sabe si alguien más lo recuerda.

Al día siguiente, funeral a las cinco de la tarde. Minutos antes, cuando el ataúd todavía espera a que la funeraria se lo lleve de la masía, llega uno de aquellos personajes influyentes que, como tantos otros durante más de medio siglo, habían quedado magnetizados por la inteligencia salvaje del difunto. Es Narcís de Carreras. Un hombre del poder regional. Política, fútbol, finanzas. En una ocasión, en la vida de Carreras también se cruzó la obsesión asediante de Quintà. Fue en 1972. El periodista, usando el rencor personal y las influencias que ha heredado de su padre, obtuvo un piso en condiciones privilegiadas en el barrio de Les Corts de Barcelona. Es donde vive ahora. Aquel piso de la calle Fígols formaba parte de una promoción que había construido la principal entidad de ahorros del país —La Caixa—, y Quintà, tirando de sus hilos con fuerza, había conseguido reunirse con Carreras, que era quien presidía la institución. Fue Pla quien hizo la gestión y Quintà consiguió lo que pretendía. Durante días Carreras sintió un regusto amargo que, al cabo de los años, todavía experimenta cuando vuelve a cruzarse con el nombre de Quintà impreso en las páginas del periódico. Casi un año antes, en el mes de mayo, había sentido otra vez la agria bocanada. Fue cuando debía elegirse su sustituto para presidir la entidad bancaria. Usando la cabecera del diario *El País* como un

proyector, Quintà atacó al presidente elegido —Salvador Millet i Bel, cuñado de Carreras— para defender a un amigo, de su padre y de Josep Pla y de Tarradellas, que aspiraba al cargo —Manuel Ortínez— y que tanta información confidencial le había dado. Horas y horas de conversación telefónica y biliosa con Ortínez. Horas y horas de teléfono para entrar en la dimensión oscura de la realidad.

Mientras Narcís de Carreras, a quien acompaña su hijo Francesc, habla con Pere Pla, una comitiva de coches oficiales aparca ante la puerta de la masía. Bajan primero los agentes de seguridad. Le abren la puerta del coche oficial. Sale Jordi Pujol. Hace un año que es presidente de la Generalitat. Atraviesa el umbral, sube las escaleras para ir al primer piso, llega a la sala de la chimenea, da el pésame a la familia. Silencio. No habían sido unas relaciones fáciles, las de Pujol con Pla. Tampoco lo son las de Pujol y Quintà. Es una historia larga. Se cumple un año desde el momento en que el periodista asedia al presidente. El ataque había empezado con aquel artículo de página entera, a cuatro columnas, firmado por Quintà y Carlos Humanes. «Dificultades económicas del grupo bancario de Jordi Pujol». Se había publicado el 29 de abril de 1980, cuando solo habían transcurrido cinco días de su elección como presidente de la Generalitat.

Aquel artículo hizo pública una crisis bancaria que tendría consecuencias políticas. Quintà no lo sabe, pero lo que dice y aquello que da a entender esa página se convertirá en el centro irradiador de su vida profesional, y condicionará para siempre su proyecto de vida. No lo sabe ni lo puede saber. Como mucho, al final, lo intuirá. Pero nadie conoce el argumento completo de su vida. La vida no tiene argumento. Solo lo inventan los biógrafos cuando elaboran sus ilusiones biográficas. Esta lo es, y es oscura, demasiado, como su protagonista.

El artículo de Quintà publicado hace un año fue el primero de una campaña sostenida. Artículos escritos por

Quintà o por los periodistas que trabajan con él en la redacción barcelonesa de *El País*. A algunos dirigentes de Convergència, Pujol les dirá que aquella campaña, avalada por la dirección del periódico, acabó con la salud de su padre. Ni siquiera cuando escribió el obituario de Florenci Pujol, el 1 de octubre de 1980, Quintà perdió la oportunidad de ir tramando su insidia. Todo el mundo lee sus artículos. Escribe en el diario más influyente de España cuando los diarios todavía tienen influencia. Él se sitúa en el pico de su prestigio. Dispara contra todo. Todo lo ve embrutecido. La agonía de Pla, la locura de Salvador Dalí. Partidos que se autodestruyen y un President, a quien conoce y con quien ha hablado en privado, a quien está dispuesto a coaccionar con la coartada del periodismo de investigación. Este es su poder y lo quiere, quiere más, para vengarse.

Pujol deja pasar el rato, esperando que los presentes salgan con él hacia la iglesia de Palafrugell. Narcís de Carreras también lee incomodado aquellos artículos que hablan del banco creado por los Pujol hace algo más de veinte años. En un aparte, el presidente de la Generalitat y el expresidente de La Caixa conversan. Para ganar la atención de Jordi Pujol, casi con lisonja, Narcís de Carreras carga contra el periodista obsesionado con Banca Catalana. Contra ese hombre que pasó demasiadas horas de su infancia y juventud en aquella casa. Con el cadáver de Josep Pla en la habitación contigua a la sala, mientras los dos esperan el momento de encaminarse hacia el funeral, Pujol levanta la cabeza. Lo mira con la convicción de quien tiene el poder y sabe ejercerlo. Pocos como él saben hacerlo. Le anuncia con naturalidad que gracias, pero que no se preocupe. El caso Quintà ha quedado resuelto.

1

El hijo del chófer

El único hijo del matrimonio Quintà Sadurní nace en Figueres el 28 de agosto de 1943. Fue en el Carrer Nou, aunque han vuelto a cambiar el nombre y ahora es la avenida José Antonio. Ese día de verano, en esa pequeña ciudad del norte de Cataluña y cercana a la frontera con Francia, nace el hijo de Josep y Lluïsa: Alfons. La familia de la madre regenta una zapatería ubicada en la principal avenida comercial de la ciudad: El Globo. Josep Quintà, que tiene treinta años cuando nace su hijo, se dedica al textil. Es viajante y para hacer su trabajo tiene algo que en esa España pocos tienen: vehículo propio. La vida es difícil. La posguerra es mísera. Un día, en el guardabarros de su coche, Quintà oculta zapatos que roba en la tienda de la familia de su mujer. Los quiere revender. Lo descubren. La relación con los Sadurní se degrada.

A Josep Quintà no le gusta estar en casa y le gusta hacer favores. Manuel Brunet le pide uno. ¿Puede llevarlo en su coche a Palafrugell? Para Brunet la vida tampoco es fácil. El mundo donde este periodista había brillado ha desaparecido. Ahora sobrevive escribiendo artículos reaccionarios sobre el curso de la Segunda Guerra Mundial. Los publica en el semanario que tiene como colaborador estrella a Josep Pla: *Destino*. Brunet quiere verse con Pla. Quintà acepta. Lo acompañará. Le gusta conversar y aproximarse a la gente interesante. Tipos como el periodista Brunet. Tipos como Pla. El 6 de diciembre de 1944 aparca su coche en la cercana y silenciosa Palafrugell. Pasan unas horas con unos amigos. Brunet los conoce. Quintà todavía no. Y no saben que en ese país sin libertad alguien les está vigilando.

El guardia civil de Palafrugell ha recibido una orden clara de la superioridad policial de la provincia. Es probable que en la localidad, en la casa en la que Brunet y Quintà están entrando, se celebren de forma periódica reuniones de conspiración política. El policía llama por teléfono a la central de Girona e informa sobre quiénes estaban presentes en la casa, que es propiedad de Pere Pla, el hermano del escritor. Entre seis y ocho personas. Al día siguiente redacta un informe ampliando la información. Había sido otra reunión de un grupo de amigos del pueblo a la que se habían sumado los dos hombres del coche. Brunet es conocido, Quintà no. El policía redacta una breve nota sobre él: «Corredor mercantil, domiciliado en Figueres, calle José Antonio ignorándose el número (sus suegros son dueños de la zapatería El Globo)». Esa noche Josep Quintà conoce a quien va a convertirse en el hombre de su vida. Josep Pla. Vive solo en la casa de campo familiar, tiene la diabólica manía de escribir, se va acercando a los cincuenta y no tiene coche. Es así y en aquel momento cuando empieza la relación entre ellos dos.

Dedicatoria manuscrita en un ejemplar de *Costa Brava. Guía general y verídica*, fechada en agosto de 1945: «Querido Quintà, muy agradecido y con la amistad de siempre». Medio año después, una segunda dedicatoria en otro ejemplar del mismo libro. Ahora, al matrimonio Quintà Sadurní, y fechada en Figueres. Ya no son solo palabras de compromiso, porque en algunas ocasiones Pla cena con el matrimonio y el niño en el piso de la avenida José Antonio. Lluïsa cocina muy bien. Y a los dos les agradece su colaboración para redactar el libro. ¿Cómo le han ayudado? Pocos meses después Pla amplía la dedicatoria de ese ejemplar. Otra vez en Figueres, coincidiendo con las fiestas patronales de la ciudad. Escribe a mano que algunos de los itinerarios de la guía están incompletos, pero los escribirá después del verano tras haber navegado por esa parte de la costa con los amigos pescadores de Quintà. Quintà tiene

un velero amarrado en el puerto de Roses. Un Tumlare. A Pla le gusta navegar en esa barca. En ocasiones les acompañan los viejos pescadores del lugar. Pau de la Menuda. Joan Calons. Baldiri Gallinaire. Pep Cantina. Josep Pla los escucha y se inspira en ellos para escribir cuentos sobre geografía humana.

El niño Alfons también los escucha. En su conciencia, la navegación con el padre y la sagacidad de los pescadores será el sol de la infancia. Pero en la avenida José Antonio, acumulando días a solas con su madre, demasiadas veces la vida es como una noche oscura. Estudia en un buen colegio: los Hermanos de las Escuelas Cristianas de La Salle, que todos llaman Los Fossos. Algunas familias bien de la comarca escolarizan allí a sus hijos; la escuela cuenta con buenos profesores, que no se limitan a repetir el catecismo nacionalcatólico. Pero algo raro hay en el niño Quintà. No porque juegue al siete y medio usando garbanzos con los abuelos Sadurní. El problema no es que más de una vez se abra la cabeza jugando. Lo extraño son los problemas de relación con sus compañeros. Gasta bromas poco habituales, gamberradas que no se olvidan. Como tantos niños de posguerra, forma parte de una agrupación de *scouts* y pronto demuestra afición por la lectura. Le gusta pasear por el centro de la ciudad. En el Novel de la Rambla se acerca al escritor Carles Fages de Climent —un buen amigo del figuerense Salvador Dalí—, que le recomienda que lea clásicos como Plutarco y Marcial. A veces se acerca al taller de un talabartero que está cerca de casa. Le gusta verle trabajar. Pero un día la persiana está cerrada y nadie le sabe explicar dónde se encuentra el artesano a quien admiraba. Escuchará un cuchicheo. Aquel hombre se había quedado sin trabajo. Se suicida.

Alfons crece entre la oscuridad moral de una Figueres donde los ricos son franquistas y contrabandistas, y la luz de la bahía de Roses, donde disfruta de una vida familiar plena y plácida. Esa claridad ilumina dos instantáneas. Es-

tán ellos dos. Nadie más. Padre e hijo. Josep y Alfons. Ellos dos y nadie más. En una, ambos están de pie en un extremo del barco, enganchado el cuerpo del uno al del otro, subiendo abrazados la vela, sonriendo a cámara. El hijo lleva una gorra de pescador en la mano. Se la han dejado los viejos pescadores que aparecen en otras imágenes. En la otra fotografía familiar el padre sostiene la misma gorra. Otra vez solos los dos, en la playa tras un baño. Elegantes como siempre, muestran naturalmente el torso. Un gesto de amor filial. ¿Cuántos años tiene? Alfons está a punto de cumplir los nueve o los diez. Todo, por entonces, es radiante. O lo parece. O lo puede ser. Pero tampoco están solos.

Hay otra fotografía en esa serie. Sigue siendo Roses, pero no están ni en la playa ni en el mar. Es en la calle del pueblo costero. El sol impacta en la frente de Josep Quintà, que no puede seguir mirando a la cámara. Guarda una mano en el bolsillo mientras apoya el brazo sobre la espalda de su hijo. Padre, hijo y coche. El Lancia de los Quintà. Ellos dos y unos amigos. En un extremo de la imagen, Pla. En el centro, un hombre de mediana edad que irradia plenitud. También veranea allí. En la imagen tiene a un niño pequeño cogido en brazos y otro hijo suyo está junto a él. Es Jaume Vicens Vives, un historiador que ha decidido convertirse en intelectual de una sociedad que sigue civilmente secuestrada. Vicens se ha propuesto que esa sociedad se redescubra, sea consciente de sus taras constitutivas y de sus potencialidades. Lo hace siguiendo el magisterio de Pla, que de manera informal le encomienda esa misión: salvar la conciencia colectiva de un país sepultado. La relación entre Pla y Vicens, que es fundacional, necesita un apoyo para que fructifique. Alguien de confianza que actúe al mismo tiempo como amigo y secretario. Esa figura en la sombra, que no aparece en los libros de historia porque su lugar es la cotidianidad sin relieve, es Josep Quintà.

Quintà padre visita al editor de Pla en Barcelona, recoge el sobre con dinero y le lleva el correo al escritor. Lo

acompaña a veces cuando tiene una comida, por ejemplo con Camilo José Cela, y de alguna manera se ocupa de su agenda. Pla lo necesita. Lo recoge en Palafrugell para que se vea con Vicens en Roses y en una ocasión coincide con el catalanista católico Josep Benet. Otra mañana de luz, Vicens y Benet navegan en el velero de Quintà y Alfons sale en la foto. Otro día Quintà acompaña a Pla a Sant Feliu de Guíxols para que salude a otro viejo periodista, Gaziell, que también cena en casa de los Quintà. A veces lo recoge en el mas y enfilan la carretera para que Pla se vea con Vicens en el piso que el historiador tiene en Barcelona. Los lleva a Perpiñán para que puedan hablar con absoluta libertad. O los invita a comer en casa porque Lluïsa cocina el pescado que le han dado los pescadores de Roses. Entonces Quintà pone encima de la mesa un borgoña o un queso francés que ha comprado en una de sus escapadas al otro lado de la frontera. Alfons mira, escucha y registra en la memoria. Un día Vicens explica que Franco ha pedido que traduzcan al castellano un estudio suyo que se distribuye en catalán. Otro día salen de casa para dar una vuelta por Figueres o recorrer alguna zona del Ampurdán con el Lancia. Hablan Pla y Vicens, y a veces habla también Quintà.

A lo aprendido en sus trabajos como historiador, Vicens suma esa experiencia de conversación y contemplación para seguir evolucionando y convertirse en intelectual. De ese saber se nutre su visión sobre la esencia de un país de pescadores, payeses y comerciantes. Gente que negocia, pero no gobierna. Gente que pacta en pueblos y ciudades. La escribe en un ensayo que de inmediato se convierte en un clásico: *Notícia de Catalunya*. Es el fruto de la relación de Pla y Vicens, y Quintà entre bambalinas. Es un diálogo de posguerra que refunda una cultura. Nada más imprimirse el libro, Vicens le envía un ejemplar a Quintà con esta dedicatoria: «Amigo Quintà: tú eres de las cuatro o cinco personas que, si no puedes calificar de hijo este libro, lo puedes considerar como a un ahijado. De tus conversaciones han flore-

cido algunas de las cosas principales que se traslucen en estas páginas, de la misma manera que tu cordial amistad me ha estimulado continuamente a gestarlas». Nada de eso sería posible si Quintà no dispusiese del coche. La relación entre el que conduce y el conducido alcanza a veces una curiosa intensidad.

Ser amigo de Pla o su escudero o su caballero servidor acaba teniendo para Josep Quintà más importancia que ser marido y padre. Su único hijo primero lo intuye con desconcierto y luego lo asume con dolor. El matrimonio de sus padres ha empezado a carcomerse. El padre apenas está en casa. O está con Pla o está con los amigos de Pla. Pero no es solo el círculo de Pla. Recorre los pueblos de la zona para visitar a las costureras y venderles género, y algunas de estas parece que también son amantes esporádicas. Por eso cuando pasa por casa los gritos y los silencios se repiten en el piso de la avenida José Antonio. Eso le reprocha Lluïsa, eso hunde a Alfons. Y algunas no son solo amantes de una noche. Ya pasa temporadas largas instalado en el hotel Costa Brava de Palafrugell. Como mínimo una amante estable, y de esa amante tendrá hijos. Cuando Josep Quintà regresa a casa, su hijo espera el momento en que lo verá marcharse de nuevo. Cree que lo hace para vivir con otra familia. Con la mirada sigue los pasos del abandono. Ese recorrido traza una grieta en su conciencia donde se va posando el resentimiento.

A los trece años las cosas empiezan a torcerse. Al comportamiento extraño se suman los suspensos en la escuela. Curso 56/57. Las seis asignaturas que había suspendido las aprueba en la convocatoria extraordinaria. Pero el siguiente año escolar ya no aprobará ciencias naturales ni tampoco matemáticas ni siquiera en la convocatoria extraordinaria.

Josep Pla tiene poder. Su poder es poder decir la verdad. No es poder político ni económico. Tampoco institucional.